

KINSTLER, Linda (2024): *Ven a este tribunal y llora*. Barcelona: Gatopardo Ediciones. 346 pp. ISBN: 9788412740325.

Linda Kinstler es una joven y prometedora investigadora y periodista que logra en las más de trescientas páginas de su libro adentrarnos en una historia increíble, la búsqueda del papel que jugó su abuelo, Boris Kinstlere, en el Holocausto letón. Sin embargo, en este viaje, descubre la controvertida y relevante figura de Herberts Cukurs, considerado antes de la guerra mundial el *Lindbergh* báltico, un héroe letón por sus vuelos de largas distancias. Premio Whiting de no ficción (2023), *Ven a este tribunal y llora* es una obra diferente e inusual, sumamente sugestiva de leer, que tiene algo de reportaje periodístico, de historia, ensayo y memoria; de revelación y reflexión al mismo tiempo, y recuerda un capítulo poco tratado sobre los horrores acaecidos en la Europa Báltica, durante aquellos funestos años del totalitarismo europeo. Kinstler, con un lenguaje exquisito pero inquisitivo, se adentra en los pasajes de un pasado tremendamente incómodo, porque al paradigma Cukurs también se incorporan otra suerte de asesinos, traidores, agentes dobles, horrores, juicios (como el de Eichmann y Aräjs) y, por supuesto, víctimas, las pocas que sobrevivieron a aquella barbarie. Kinstler va tirando de un hilo en el que describe el periplo de toda una serie de circunstancias y personalidades excepcionales, pero también impregnadas por la terrible sombra de un contexto en el que la línea que separa a buenos y malos, a patriotas y asesinos, no es tan nítida, en la Letonia ocupada por los nazis. Y en

donde la necesidad de recuperar ese pasado traumático choca con quienes, en ciertos lugares, optaron por el olvido, por pasar página. Letonia, como el conjunto de países bajo el yugo del Tercer Reich tras la invasión de la URSS, tuvo la singularidad de ver que muchos de sus ciudadanos decidieron sumarse a la cruzada anticomunista, integrándose en cuerpos auxiliares o criminales de las ss.

En Riga, como en otros lugares, tras la llegada de la Wehrmacht, la comunidad judía fue internada en un gran gueto, integrado por más de veinte mil personas, y luego prácticamente destruida. En esta aniquilación participaron de forma activa letones, el Comando Aräjs, un cuerpo creado por los alemanes como policía auxiliar, al mando de Víctor Aräjs, uno de esos sujetos brutales y despiadados que cobraron un funesto protagonismo. A este Comando se le uniría Cukurs, pero, tras la derrota nazi y la ocupación nuevamente de Letonia por los soviéticos, ante el temor a ser procesado por crímenes de guerra, huyó con su familia a Brasil. Allí rehízo su vida, igual que Eichmann en Argentina. A su vez, a principio de los años 60, este último, uno de los grandes responsables de la Shoah, fue secuestrado audazmente por un comando del Mossad y conducido a Israel, donde fue procesado públicamente y condenado a muerte en Jerusalén. Israel cobró así su propia justicia.

Sin embargo, el caso de Cukurs fue muy diferente. Se orquestó otra misión, compuesta incluso por algunos de los que capturaron a Eichmann. Localizaron a Cukurs fácilmente, quien ni tan siquiera vivía oculto, y tras engañarle

(haciéndose pasar por inversores), los agentes israelíes le asesinaron en su casa de verano de Montevideo, el 23 de 1965. Por qué se actuó de forma diferente es complicado saberlo, salvo que ya Israel no tuviera interés en impulsar otro juicio sobre el Holocausto. Ahora bien, años más tarde, recoge Kinstler, la familia de Cukurs quiso rehabilitarle y enterrarle en el panteón de los prohombres nacionales, el Cementerio de los Hermanos, en Riga. Al no haberse llevado a cabo un proceso, como le hicieron a Aräjs en Alemania, quedaba la duda de saber de qué modo había participado Cukurs en las matanzas del desalojo del gueto de Riga. La autora relata como ella misma fue viajando para encontrar testigos (los escasos supervivientes que habían rehecho sus vidas) y recabando datos para desenmarañar *la verdad*. Pero no eran muchas las pruebas del horror y aún menos los que podían colocar en manos de Cukurs una pistola humeante. Se trataba de indicios, miguitas de pan, porque aquellos crímenes y criminales contaron con el favor de que la mayoría de sus víctimas habían muerto... Sin embargo, como destaca Kinstler, llega un momento en el que la justicia y la Historia se separan en caminos diferentes.

¿Fue Cukurs un criminal o una víctima de las circunstancias? Sectores afines, negacionistas, desde la sociedad letona, buscaron rehabilitar al héroe nacional. La misma fiscalía abriría un proceso para conocer el alcance y entidad de la participación de Cukurs en los crímenes en Riga. Pero la justicia no encontró las pruebas (o no quiso, al seleccionar unas y descartar otras) que le

condenaban de forma fehaciente. Aun así, el cuerpo de Cukurs no fue llevado al mencionado cementerio ante las dudas y controversias que se generaron. Ciertamente es que Cukurs ayudó a salvar a una joven judía de las matanzas cuando tuvo que huir ante el imparable avance soviético en 1944, pero al mismo tiempo estuvo en el gueto de Riga con el Comando Aräjs como chofer. ¿No bajó del automóvil para saber lo que estaba sucediendo entre tantos gritos y horrores? Sí, hubo testigos (ancianos ya) que acreditan que le vieron en las calles del gueto. Y, por lo tanto, la Historia demuestra que sí estuvo implicado.

Kinstler plantea en su magnífico libro un juego de luces y de sombras. Descubre que no existe una verdad absoluta inculpatoria o exculpatoria para ciertos individuos como su abuelo, cuyo devenir nunca conocerá con seguridad, aunque apunta a que fue un agente soviético infiltrado en el Comando Aräjs. Pero, sobre todo, destaca cómo las mismas naciones se enfrentan de una manera compleja a su memoria queriendo *recordar* o ensalzar a ciertos personajes ennoblecidos, pero *olvidando* otros aspectos más terribles. La autora tiene la habilidad de no cerrar el libro con un juicio o reflexión lapidaria, sino que lo deja abierto, dándonos a entender que todas las sociedades (o familias) portan sus oscuridades y que a cada cual le toca enfrentarse a las mismas.

Igor Barrenetxea Marañón

Universidad Internacional de La Rioja
<https://orcid.org/0000-0003-1044-5276>